

UN PAPA PARA CADA ÉPOCA

La nacionalidad de León XIV encierra un doble significado: la novedad de un Papa estadounidense dentro de la Iglesia Católica y, al mismo tiempo, el impacto de un nativo estadounidense al frente de la Iglesia Católica dentro de Estados Unidos. Si en 1979 la nacionalidad de Juan Pablo II, el "Papa polaco", explicaba por sí sola el sentido de su elección, que constituyó el principio del fin del imperio soviético, y en 2013 el ascenso de Francisco marcó el creciente protagonismo de América Latina en la Iglesia universal, la elección de León XIV supuso también una definición por omisión: a pesar de los pronósticos que aludían a la posibilidad de otro Papa italiano, el Colegio Cardenalicio ratificó el fin del eurocentrismo y el eclipse del antiguo poderío de la Curia romana en la administración del Vaticano.

León XIV es el primer Papa estadounidense y el primero de nacionalidad peruana, o sea el segundo Papa latinoamericano y el primero cabalmente americano. Licenciado en Matemáticas en la Universidad de Harvard, sacerdote en la zona obrera de Chicago, la ciudad industrial que fue cuna del sindicalismo estadounidense y dio origen a la celebración del 1 de mayo, obispo en Chiclayo, una ciudad pobre del Perú profundo, Superior General de los Agustinos, función que lo contactó con las expresiones de la orden establecidas en todo el mundo, y nombrado por Francisco titular de la Comisión Pontificia para América Latina y del Dicasterio para los Obispos, esas distintas estaciones de su trayectoria le permitieron conocer el mundo en su totalidad, tanto "desde abajo" como "desde arriba". Es también el primer Papa angloparlante después de Adriano IV (1154-1159), o sea desde hace más de 800 años.

Cualquier omisión en la señalización del aporte que tuvo en su formación personal e intelectual cada paso de ese recorrido se-

ría un reduccionismo que puede llevar a equívocos. Lo mismo ocurre con su origen familiar: con un padre de ascendencia francesa y una madre de ancestros españoles, si Prevost usara su segundo apellido, León XIV sería Robert Prevost Martínez.

Otra característica de la personalidad de León XIV es su condición de primer Papa binacional. Esa peculiaridad, que no es sólo jurídica sino también cultural, unida a su vasto conocimiento planetario, incide en una visión global capaz de abrir nuevos horizontes a una Iglesia que abandona el eurocentrismo para avanzar hacia la concreción histórica de su razón de ser y su destino "católico", es decir auténticamente universal.

Magnífica Humanidad es el punto de partida del protagonismo de León XIV en el escenario internacional. Su texto resume sintéticamente los aspectos centrales de la doctrina social de la Iglesia, en especial el valor de la justicia social y del principio de subsidiariedad como fundamento de la organización de la comunidad, para adentrarse luego en su adaptación a los nuevos tiempos.

En la Introducción de la encíclica, el Papa menciona un extenso párrafo del Antiguo Testamento que, con las características propias del lenguaje de esa lejana época, constituye aún hoy una guía para la acción de gobierno: "El libro de Nehemías comienza en un momento de gran vulnerabilidad en la historia de Israel. Tras el exilio babilónico, una parte del pueblo judío ha regresado a Jerusalén. Pero la ciudad sigue en ruinas, las murallas se han derrumbado y las puertas han sido quemadas. Nehemías, un judío al servicio del rey persa Artajerjes, recibe la noticia del desastroso estado de la ciudad de sus padres. Antes de actuar ayuna, reza e intercede por el pueblo; luego le pide permiso al rey para regresar a Jerusalén y, una vez allí, examina en silencio los lugares destruidos. No impone soluciones desde lo alto. Convoca a las familias, confía a cada

una un tramo de muralla para reconstruir, escucha los temores, coordina los esfuerzos y hace frente a las oposiciones. El relato muestra cómo la ciudad renace no gracias a la iniciativa de una sola persona sino a través de la responsabilidad compartida de todo el pueblo: sacerdotes, artesanos, jefes de familia, mujeres y jóvenes. Es una obra que tiene a Dios en el centro y reconstruye los vínculos incluso antes que las piedras. La antigua Jerusalén recupera así un lenguaje común, no el de la uniformidad, sino el de la comunión: la armonía que nace cuando cada uno asume su parte y todo el pueblo reconoce que su fuerza viene del Señor".

La terminología bíblica, en este caso extraordinariamente comprensible, coincide con una definición de Perón en su discurso en el Congreso Mundial de Filosofía de Mendoza de 1949, cuando afirmó que "lo que caracteriza a las comunidades sanas y vigorosas es el grado de sus individualidades y el sentido con que se disponen a engendrar lo colectivo. A este sentido de comunidad se llega desde abajo, no desde arriba; se alcanza con el equilibrio, no por la imposición".

Más allá del lenguaje eclesiástico, el sentido de la encíclica coincide con la lúcida apreciación de Perón acerca que la evolución histórica "avanza con la velocidad de los medios técnicos que la impulsan", un ritmo que adquiere hoy un carácter exponencial. El subtítulo de la Encíclica, Sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial, remite, también en términos de Perón, a la consiguiente necesidad de "fabricar una montura propia para cabalgar la evolución, sin caernos". Esa exigencia, igualmente válida para el mundo en general, pero en particular para la Argentina, adquiere aún mayor relevancia en vísperas de la casi confirmada visita de León XIV, prevista para el mes de noviembre.

Esa circunstancia es tiene singular importancia



para la Argentina en general, pero en particular para el peronismo, sumido hoy también en una crisis de sentido. Perón no se cansó de señalar que la doctrina justicialista reconoce como fuente de inspiración a la doctrina social de la Iglesia. Si bien resulta imposible definir al peronismo en una sola frase, en el caso de que fuera indispensable hacerlo, al menos por una aproximación que pudiera alcanzar un consenso mayoritario, podría afirmarse que el peronismo es un movimiento popular que busca materializar políticamente los principios y valores de la doctrina social de la Iglesia en las condiciones concretas de la Argentina de cada época.

En esa dirección, conviene prestar especial atención a la homilía pronunciada en el Te Deum del pasado 25 de mayo, por el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Jorge Ignacio García Cuerva, sobre quien vale la pena subrayar que su trámite de designación, efectuada por Francisco en 2023, pasó previamente por el Dicasterio para los Obispos a cargo del cardenal Prevost.

En su alocución García Cuerva, con una cuidadosa armonía entre la prudencia del lenguaje y la claridad de su contenido, advirtió que "la sombra de una nube de desmembramiento social se asoma en el horizonte, mientras diversos intereses juegan su partida, ajenos a las necesidades de todos. El 'salvese quien pueda' no es más que una expresión del in-

dividualismo cruel que rompe los vínculos de fraternidad y descompone a la Nación".

En un encendido alegato en favor de la unidad nacional, García Cuerva exhortó a construir una Argentina en que "estén todos sentados en la mesa" y en la que "no sólo unos pocos se benefician" y recalzó la imperiosa necesidad de "una clase dirigente que se anime al diálogo, al encuentro, a la reconciliación".

Durante su presencia en Buenos Aires, donde ya adquirió una vivienda y estudia seriamente la posibilidad de radicarse, Peter Thiel, uno de los principales líderes empresarios de la alta tecnología y a la vez un personaje con un claro pensamiento político, dialogó con el presidente Javier Milei y con numerosas personalidades del "círculo rojo". Pero no conforme con esas impresiones fue al estadio de River Plate para presenciar el partido con Boca Juniors y participó en un campeonato de ajedrez en el ba-

rrío de Almagro, donde tuvo ocasión de conversar con los vecinos. En todos los casos, Thiel demostró que quería conocer en profundidad a la Argentina y a su cultura popular, más allá de las cifras del Indec. En todos los casos formuló una pregunta fundamental para quien está predispuesto a realizar grandes inversiones en la Argentina de hoy: "¿cómo se sustenta esto en el tiempo?"

En la amplia convocatoria formulada por García Cuerva puede rastreadse un camino de respuesta a esa inquietud de Thiel, compartida por la mayoría de los argentinos. La visita de León XIV, que en caso de concretarse sería sin ninguna duda el acontecimiento político más importante de 2026, podría constituir también una excelente oportunidad para atender a ese desafío de gestar un nuevo consenso nacional.

*El autor es periodista, analista político y vicepresidente del Instituto de Planeamiento Estratégico.*

